

La nueva economía popular: realismo y utopía

La década de los ochenta ha conocido una importante transformación en la estructura de las sociedades latinoamericanas. Se vive una situación en la cual el Estado se encuentra incapacitado para efectuar las mediaciones necesarias para definir los compromisos sociales indispensables no solamente para facilitar el desarrollo de la economía de mercado, sino incluso para generar la hegemonía indispensable para la estabilidad social. En este contexto emergen nuevos actores sociales y políticos, por lo general, como consecuencia no planificada de las políticas de ajuste estructural y estabilización.

La población urbana, el 57.2 por ciento del total en 1970, pasó a ser el 64.9 por ciento en 1980, y es hoy del 72 por ciento. Este enorme incremento cuantitativo ha transformado el tipo de problemas que afecta a los países del subcontinente, en una dimensión que aún no ha sido suficientemente aprehendida en los países desarrollados, ni tampoco por los políticos latinoamericanos. La contaminación ambiental de las grandes urbes y el desarrollo de las enfermedades derivadas de la polución, se combinan con la deforestación acelerada para plantear el problema ecológico con una nueva centralidad política y social.

A su vez, las políticas de ajuste han modificado profundamente el mapa social: el incremento de las actividades informales en las ciudades se ha visto acompañado del deterioro de las condiciones de trabajo y del peso numérico y social de la clase obrera y los trabajadores asalariados en general; el

aumento de las zonas marginales y el establecimiento en éstas de redes de sobrevivencia de uno u otro tipo (por ejemplo, la experiencia de Villa El Salvador en Lima, las ollas populares en Santiago de Chile: aquélla un intento de inserción productiva y de desarrollo social, ésta una articulación de la solidaridad en busca de la subsistencia) han transformado a "los marginales" en un sujeto político con voz propia, todavía no suficientemente articulado a las prácticas políticas institucionales. La experiencia de *Brasil*, donde se combinan las políticas sociales de la Iglesia católica con los esfuerzos organizativos del Partido de los Trabajadores y de la Central Unica de Trabajadores es un caso de análisis y reflexión para toda la izquierda latinoamericana. El retroceso de la presencia reguladora del Estado se ha visto acompañada de un peso creciente de las organizaciones no gubernamentales, que a través de su articulación internacional, ha introducido con renovada fuerza problemáticas tradicionalmente marginadas, como la defensa de los derechos de los niños o la lucha feminista.

Nuevos actores sociales, nuevas problemáticas políticas y sociales, que se combinan con una nueva economía: la informalidad urbana ha pasado de constituir una forma de sobrevivencia a articular redes productivas y distributivas que escapan a la lógica de los precios impuesta por el monetarismo, rescatando áreas productivas enteras o parcialmente al proceso acelerado de centralización del capital que se vive en todas partes. En el agro es espe-

cialmente visible esta situación. En *Guatemala*, las denominadas exportaciones agrícolas no tradicionales se basan en la producción de los indígenas, que son quienes controlan los nuevos cultivos —melones, ajonjolí, verduras, etc. De este modo, la búsqueda de formas de supervivencia por parte de los campesinos pobres los ha llevado a ubicarse en producciones con un alto potencial de acumulación. En esta situación, los objetivos inmediatos de la lucha se modifican; ya no se centran en la reivindicación salarial de los campesinos sin tierra o en la defensa del derecho a la tierra, cuanto en combatir a las multinacionales que controlan la distribución y comercialización de sus productos, y la asistencia técnica e insumos (fertilizantes), y a lograr el derecho a establecer sus propios canales de comercialización, para retener el excedente —en Guatemala, el solo intento de formar una cooperativa agraria representa una amenaza automática de muerte. Asistencia técnica y acceso al crédito es también la bandera de lucha de las cooperativas en El Salvador, en Colombia o en Chile. Las cooperativas se han convertido en un eje fundamental en la implementación de un nuevo proyecto de solidaridad y desarrollo por parte de la izquierda y de las fuerzas progresistas en muchas partes de América Latina.

Pero esta alternativa se encuentra aún poco desarrollada. Esto se refleja en las explosiones de descontento social sin reivindicaciones de largo alcance en Venezuela en 1992 o en la República Dominicana hace pocos años, o el naufragio de los procesos reformistas y de izquierda en Perú y Nicaragua.

Frente a esta situación de deterioro del poder político y de las condiciones de vida y de las grandes mayorías, las izquierdas latinoamericanas se debaten entre el abandono de unos discursos ya caducos y sin posibilidades de recuperación (el populismo, el frentepopulismo, etc.) y la ausencia de alternativas globales que indiquen por dónde deben ir las nuevas alianzas y los nuevos programas. Esta situación no sería muy diferente a la que se vive en los países desarrollados, si no fuera por la existencia de esas mayorías populares que, confrontadas a la necesidad de sobrevivir ante el total abandono de la ya de por sí precaria tutela del Estado, se han visto obligadas a actuar sobre sus propias condiciones de vida y de reproducción social, ge-

nerando nuevos espacios de socialización, nuevas formas de acción colectiva, que ahora se trataría de articular políticamente.

Por eso, en América Latina, la izquierda debate desde dos perspectivas básicas: una que le apuesta al cambio de gobierno previsto para 1993-1994, cuando casi todos los países del continente se enfrenten a procesos electorales. La mayoría de los partidos políticos de izquierda de América Latina está debatiendo en estos momentos el problema de la *governabilidad*, cuando todavía no se sabe muy bien qué tipo de ejercicio de gobierno se pretende implementar y cuáles son las orientaciones claves para un programa de gobierno que apueste a la transformación social.

Desde hace un par de años se viene reuniendo el denominado "Foro de Sao Paulo", que auspiciado en un primer momento por el Partido de los Trabajadores de Brasil, reúne a los principales partidos de izquierda, desde el PRD de México, pasando por el FMLN y el FSLN en Centroamérica, hasta el Partido de los Trabajadores y los partidos comunistas de diversos países. Ya hubo reuniones de debate entre todos ellos en Sao Paulo (de ahí el nombre), Lima y Managua.

La tónica general es que los partidos políticos de la izquierda no logran desprenderse aún de un discurso corporativo, que enfoca el problema del cambio social desde la apertura de los espacios de representación electoral, y por tanto, desde el control del aparato del Estado. Pero estamos hablando de un Estado del cual fueron desalojados o al cual nunca llegaron a entrar en los últimos diez o quince años. Mientras tanto, el Estado se ha modificado sustancialmente por los efectos de los programas neoliberales. Este cambio en el Estado ha tenido repercusiones sociales importantes, que podríamos resumir diciendo que la gente ya no cree tanto como antes que el Estado va a poder resolver sus problemas. La acción reivindicativa ha perdido fuerza, porque las energías de la acción colectiva ya no se canalizan hacia la toma del Estado de forma prioritaria. Quizá sea en *Brasil*, por la ausencia histórica de la izquierda en las instituciones de gobierno, donde con mayor sentimiento popular se sostiene aún la defensa del proyecto estatal de la izquierda. Pero claro síntoma del dinamismo so-

cial del país, también en Brasil aparecen nuevas formas de expresión y articulación de grupos sociales que expresan la necesidad de la transformación social.

Pero es en *Centroamérica*, donde la tradicional debilidad del Estado abre paradójicamente espacios al actuar y reflexionar alternativo, y en Chile, donde la brutalidad del ataque neoliberal contra el Estado se ha dejado sentir con más fuerza, donde se está articulando un pensamiento que pretende dar coherencia teórica a las experiencias de subsistencia de las mayorías pobres de la región. Coherencia teórica que es el primer paso para avanzar en la expresión política del fenómeno.

La definición conceptual que se da a estos fenómenos de rearticulación social gira con pequeñas variaciones en torno a la de "economía popular". Luis Razeto de *Chile* nos da un catálogo de las actividades que se realizan en el sector de la economía popular: "los talleres laborales, las organizaciones de parados (bolsas de parados, centros de servicios a la comunidad, instituciones de ayuda solidaria), las organizaciones de consumo básico (comedores populares, comités de abastecimiento, grupos de autoayuda, huertos comunitarios), organizaciones para problemas habitacionales (comités de vivienda, grupos cooperativos, grupos de ahorro, comités de deudas, comités de agua, comités de luz, grupos comunitarios de autoconstrucción), organizaciones de salud (grupos de medicina alternativa), organizaciones educativas (colegios alternativos, centros comunitarios de atención preescolar), grupos culturales, organizaciones campesinas de subsistencia y formas de economía comunitaria, formas cooperativas y autogestionarias en distintos ámbitos de la producción, agrupaciones de recuperación de la producción artesanal, iniciativas de socialización de formas tecnológicas alternativas y en general grupos, organizaciones y comunidades orientadas hacia la recuperación del control de las condiciones de vida, salud, vivienda, habitat, etc., y que tienen un componente de actividad económica que suele hacerse permanente" (Luis Razeto, *Economía popular de solidaridad*, Conferencia Episcopal de Chile, Programa Economía del Trabajo, Santiago de Chile 1990).

En esta perspectiva, se parte del convencimien-

to de que el Estado no puede ser el eje de la transformación social, sino más bien un apoyo necesario para ésta. Si la lucha de clases se ha manifestado históricamente en torno al control de los medios de producción y de los procesos de trabajo (es decir, la lucha por el excedente), la articulación política del conflicto no puede tener como objetivo final la conquista del apartado del Estado. La revolución desde arriba no ha funcionado, por tanto, hay que apoyarse nuevamente en el "abajo" de la economía y de la producción.

El objetivo del control del Estado cambia de orientación respecto al planteamiento socialista clásico, que en América Latina tuvo dos versiones: alcanzar el socialismo por la vía rápida o realizar la revolución burguesa inacabada. Ahora se trataría de aprovechar la existencia de un capitalismo inacabado, que deja por tanto grandes agujeros (formas de producción, mayorías excluidas del consumo de masas) para articular nuevas formas de producción y consumo orientadas no por la búsqueda de la ganancia, sino por la resolución de los problemas de la pobreza y la marginación. El objetivo de controlar el aparato del Estado debe enfocarse en principio a favorecer estas formas nuevas de producción y distribución "a escala humana", comunitaria y cooperativa.

Estas reflexiones contribuyen a robustecer el pensamiento alternativo en América Latina. Pero las condiciones nacionales son suficientemente específicas como para requerir un esfuerzo analítico en todos y cada uno de nuestros países, para poder articular correctamente el análisis teórico concreto con la práctica social y política de las mayorías populares, y poder así ir perfilando con más fuerza el nuevo proyecto.

En este sentido, una de las características estructurales de mayor peso en la formación social salvadoreña, que debería servir de elemento central en todo análisis propositivo, es la *inflexibilidad a la baja de la tasa de ganancia*. Este atributo del proceso de producción se traduce en una tendencia a hacer caer el precio de la fuerza de trabajo por debajo del coste de reproducción de la misma: los salarios caen por debajo de los niveles de subsistencia, en aquellas ramas más dinámicas, pero aun así con muy escasa capacidad para enfrentar el ciclo de

los negocios. En las actividades más importantes de la acumulación nacional, especialmente en los cultivos de exportación, los salarios han sido tradicionalmente inferiores al coste de reproducción de la fuerza de trabajo.

Esta situación da lugar a una *sobreexplotación intensiva del trabajo*, que convierte en ilusoria cualquier perspectiva de asalarización completa de la economía salvadoreña, es decir, de transformación capitalista de las relaciones de producción, de "modernización económica" en la terminología fenomenológica al uso.

La alternativa para la situación de postración económica y vital a que se ven sometidas las mayorías populares no se encuentra en las estructuras del capitalismo dependiente y semifeudal del país. Esto lo tienen muy claro los trabajadores, cuando generan tres mecanismos fundamentales de resistencia y alternativa a la inviabilidad del capitalismo salvadoreño: (a) la caridad internacional (ayuda y so-



lidad), (b) la emigración y (c) la puesta en práctica de formas no capitalistas de producción, pero que a diferencia de las analizadas por los teóricos del desarrollo, no son remanentes de viejos modos de producción, sino formas que se han desarrollado en la historia reciente del país, después de que el proceso de acumulación de capital se iniciara y se estancara en su capacidad de transformación de las estructuras productivas.

Con la guerra civil y el surgimiento de un proyecto popular, estas formas de producción no capitalistas se dotan de un proyecto político y social, que por un lado se inserta en el proyecto popular, pero por otro, mantiene fuertes vínculos políticos y sociales con el imperialismo, es decir, se encuentra confrontado a una estrategia de transformación y a otra de control y recuperación.

Aquiles Montoya incursiona en esta realidad aportando el primer esfuerzo de teorización seria sobre esta realidad conocido en estas latitudes. Antes de escribir su libro *La nueva economía popular* (UCA Editores, 1993), Aquiles Montoya ya había trabajado teóricamente en torno a la realidad de la economía popular, aportando la siguiente definición de la "nueva economía popular": "la nueva economía popular es una estrategia alternativa de y para las mayorías populares en los ámbitos económico, social y político, fundamentada en su propio esfuerzo organizativo y productivo, que tiene por finalidad resolver los problemas de pobreza y marginación de las mayorías populares del campo y de la ciudad, así como contribuir a la eliminación de las causas generantes de las mismas". Esta "nueva economía popular" no se confunde con las formas de producción campesinas o con el sector informal urbano actuales, ya que "la nueva economía popular tiene como objetivo o finalidad disminuir lo más posible el tipo de relaciones que ha existido entre la economía popular y el capital genérico, esto es la subsunción indirecta del trabajo en el capital" (Aquiles Montoya: "La nueva economía popular: una estrategia alternativa" en *ECA*, 1992, 525-526).

Como todo esfuerzo teórico consistente, su libro comienza por un trabajo de disección, de clasificación y ordenamiento de esa compleja y abigarrada realidad de las estructuras sociales no capita-

listas existentes en el país. Así, se nos informa que bajo la noción de *nueva economía popular* entran en consideración "los integrantes de las comunidades de repobladores y repatriados, las comunidades de refugiados urbanos, los cooperativistas auténticos rurales o urbanos" y como sujetos potenciales "aquellos que no participan de la implementación del proyecto, pero que sí podrían llegar participar, entre éstos los integrantes del sector informal urbano, que no se apropian de excedentes vía trabajo asalariado; los minifundistas agrícolas propietarios o arrendatarios de tierra; los ex combatientes del Ejército Nacional para la Democracia, y también caben dentro de esta categoría los asalariados públicos y privados, siempre y cuando dejen de serlo y se agruparan bajo cualquier forma asociativa con el fin de satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, esto es, si constituyeran nuevas relaciones sociales de producción".

Siguiendo la mejor tradición teórica, la realidad analizada se nos muestra no sólo en sus características estructurales (en su ser), sino que se presenta en su dinámica (su potencia). Sólo así podemos captar la esencia del fenómeno: la nueva economía popular es a la vez la categorización de una dimensión básica de la realidad y un *proyecto* en marcha. Una estrategia actual de supervivencia que puede devenir una estrategia futura de resolución de los problemas de pobreza y marginación social de las mayorías populares, siempre y cuando contribuya a la eliminación de las causas generantes de los mismos. Aquiles Montoya identifica sin ambigüedad la relación causal entre relaciones sociales capitalistas [dependientes, agregaríamos] y pobreza masiva, y por tanto, la estrategia que contribuye a teorizar (la nueva economía popular) es planteada como una estrategia anticapitalista.

El trabajo de Aquiles Montoya es un ejemplo didáctico para los analistas sociales que aspiren a mejorar su comprensión de la realidad. Al mismo tiempo, es una buena vacuna contra la ilusión transformista a que nos tienen acostumbrados tantos economistas de medio pelo, graduados como maestros y doctores en fontanería económica, cuya contribución al saber popular es equivalente al que suministra el horóscopo de los diarios. Su libro nos sirve para recordar que sin una teorización adecua-

da, los estudios de la realidad nos permiten ver el movimiento pasado de las cosas, pero no alcanzan a intuir ni su proyección ni las causas de su dinámica.

Como todo aporte teórico de vanguardia, el texto que comentamos contribuye en gran medida a abrir nuevas interrogantes sobre aspectos no resueltos para la comprensión dinámica de la realidad. En este sentido, es una propuesta para el desarrollo colectivo del trabajo teórico, lo cual constituye uno de los vacíos políticos más graves de la izquierda de hoy. Por tanto, las reflexiones siguientes, surgidas de la lectura del libro, quieren ser una contribución para explicitar algunos de los puntos a abordar en dicha tarea intelectual.

Sabemos que el capital resiente todo límite como una barrera a salvar, por la necesidad intrínseca a ampliar continuamente la periferia de su circulación y, por lo tanto, para valorizarse (producir plusvalía y realizarla), a transformar la circulación en todo lugar en producción realizada por el capital: ¿cómo va a salvar la nueva economía popular esta dificultad? ¿Hasta qué punto cuantitativo y cualitativo (es decir, histórico y espacial) el capital va a permitir participar a los productos de la nueva economía popular en la circulación monetizada — y por lo tanto, generar un efecto de *crowding out* sobre el dinero que puede transformar el valor en capital—?¹.

La respuesta que nos ofrece Aquiles Montoya a este respecto nos hace recordar cierta "eutanasia del asalariado". Pero a diferencia de la eutanasia del rentista de Keynes, quien pretendía haber encontrado en esta fórmula una explicación a las limitaciones intrínsecas del proceso de producción capitalista, el autor nos ofrece su fórmula como una solución a la socialización del trabajo por el capital, a la explotación capitalista: para formar parte de la estrategia de la nueva economía popular, los asalariados deberán dejar de serlo. Pero se olvida que el trabajo asalariado no es el resultado de una decisión libre de los trabajadores, sino la forma que adopta el mecanismo de coerción que durante más de dos siglos se ha venido desarrollando en nuestro país, hasta estructurar el conjunto de las relaciones sociales: la coerción del capital no se puede eliminar sin rupturas sociales fundamentales. El autor nos dice que puesto que la valorización del proceso de

producción capitalista (y por ende, las relaciones de explotación) depende totalmente de la relación entre el trabajo objetivado y el trabajo vivo, esto es, entre el capital y el trabajo asalariado; y dado que no podemos eliminar el capital, eliminemos el trabajo asalariado. De esta forma acabaremos con la explotación y con el capitalismo. Nos encontramos ante un planteamiento lineal, no dialéctico: no es la *revolución* (superación de la relación), sino la *conversión* (renuncia de una de las partes), como mecanismo de transformación histórica y social: ¿nos encontramos quizá ante una nueva versión del idealismo precientífico de los socialistas utópicos?

Más sugerente es la otra parte de la respuesta. Aquiles Montoya descubre que en las leyes del capitalismo dependiente aparecen algunas relaciones no analizadas por Marx en su estudio de las relaciones capitalistas en los países centrales. Una de las más importantes es la tendencia a la *marginación* de importantes capas de la población, es decir, a su exclusión de las relaciones de dominación capitalistas: no son aprovechables ni siquiera como fuerza de trabajo en el ejército industrial de reserva. Es esta una característica propia del capitalismo: la tendencia al despilfarro de recursos. Sólo que en este caso hablamos del recurso trabajo, es decir, de los seres humanos que encarnan la capacidad de generar riqueza social. Este desperdicio de vida es uno de los intersticios por donde se pretende colar la estrategia alternativa: aprovechar la incapacidad del capital para explotar los recursos humanos objetivados en la fuerza de trabajo de los pobres, para que estos recursos humanos se transformen en seres humanos, dueños de su propio trabajo y, por lo tanto, sujetos de su propio destino.

La propuesta de articular inter e intrasectorialmente el espacio productivo de la nueva economía popular rechazando la vinculación con el sector capitalista de la economía, es una propuesta nueva, cuando los esfuerzos de integración, desarrollistas o ajustistas, se han saldado en un rotundo fracaso. Se nos presenta como una interesante innovación a las propuestas de "deconexión" avanzadas por Samir Amin. Pero de nuevo surge la cuestión: ¿hasta dónde se podrá desarrollar ese espacio autónomo, desconectado (relativamente) del capital, sin que éste reaccione para acabar con él? La

fortaleza del sistema capitalista no se encuentra tanto en su capacidad para desarrollar a enorme velocidad las fuerzas productivas, como en el enorme atractivo que representa para las masas la sociedad de consumo: la ilusión del consumismo reduce la capacidad de la resistencia social.

Por eso la "política de la austeridad", propuesta que hace más de una década intentó implementar Enrico Berlinguer en Italia, y que hoy retoma Aquiles Montoya en la fórmula de Ignacio Ellacuría, como "civilización de la pobreza" frente a la "civilización de la miseria" que nos ofrece el capitalismo, tiene ciertamente racionalidad técnica, pero le falta racionalidad instrumental, capacidad de desilusionar y reilusionar a las mayorías populares, captadas actualmente por la quimera del consumo.

En la estrategia de la nueva economía popular todavía es una zona oscura la articulación de ésta con el Estado, o el papel del capital transnacional. O como se casa la propuesta de que la nueva economía popular exporte parte de su producción con la búsqueda de la autonomía relativa frente a las estructuras del capital (cuando el comercio internacional es uno de los mecanismos centrales de la acumulación a escala mundial, desigual y combinada).

Las nuevas características y demandas de los sectores populares, el balance de perdedores y ganadores de las políticas de ajuste y los espacios de actuación que se abren en el nuevo ciclo (?) de democracias latinoamericanas: ¿permitirán una nueva articulación política de grupos y clases sociales en torno a una propuesta de desarrollo eficaz? Frente al ajuste, no conocemos ninguna propuesta más atractiva que la que se teoriza en este libro, y las que lo acompañan —pues lo demás, son ensayos de ejercicios ya practicados (ajuste con rostro humano, crecimiento con equidad, etc.). El carácter pionero e incipiente de la reflexión no debe confundirse con debilidad teórica, pues la práctica social de los nuevos sujetos aún tiene que forjarse y fijarse en la historia social de nuestros países, para poder avanzar en el análisis teórico.

Todavía falta contrastar si hay capacidad política para articular las prácticas económicas recientes de los nuevos sujetos productivos con las prác-

ticas reivindicativas tradicionales de los trabajadores asalariados. En la espera, el ajuste estructural comienza a agotar su tiempo. El momento deviene propicio.

J. A.

Nota

1 Una condición para la acumulación de capital es que

la ampliación de la oferta (de productos del trabajo asalariado) encuentre su correspondiente demanda (en forma de dinero). La irrupción de los valores de uso producidos en la nueva economía popular en forma de valores en la esfera de la circulación (productos que buscan dinero por los cuales intercambiarse) se presentan, por tanto, como una fuente de competencia externa frente al capital en su conjunto, y no sólo frente a las empresas capitalistas que producen productos similares

